

HUELLAS DE AGUA

PILAR VÁZQUEZ SUÁREZ

Título: Huellas de agua
Autor: Pilar Vázquez Suárez
Diseño de cubierta y fotografía de portada: David Gorgojo
Edición: HiFer Editor
Impresión: HiFer Artes Gráficas - www.hifer.com
ISBN: 978-84-16209-00-2
Dep. Legal: AS - 01685 - 2014



www.elsastredeloslibros.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

PRÓLOGO

El amor por las palabras

por Tino Pertierra

Una de las mayores satisfacciones que disfruté como profesor de un taller literario fue encontrarme con alumnos que derrochaban entusiasmo e ilusión a la hora de intentar envolver sentimientos e ideas con palabras para trasladarlas al papel y convertirlas en puente de comunicación con otras personas: los lectores. Alumnos que se proponían el desafío de adquirir las herramientas necesarias para convertir su pasión en una tarea tenaz y disciplinada en la que muchas veces surgen barreras que parecen infranqueables y a las que hay que enfrentarse sin caer en el desánimo o la impotencia. Escribir es una labor compleja a pesar de su sencilla apariencia: una persona sola sin más armas que su imaginación o sus experiencias frente a una hoja en blanco que hay que llenar de vida. Sólo si se trabaja sin descanso en la fragua del lenguaje se puede superar la aventura de escribir, el reto de crear. Y eso incluye leer mucho, pensar más y desechar mucho más. Cuando planteé al taller la idea de escribir una novela, muchos alumnos la desecharon de inmediato. Demasiado esfuerzo, demasiada complicación. Otros lo intentaron pero tiraron la toalla cuando se dieron cuenta de que el empeño superaba sus energías o sus ambiciones. Sólo unos pocos decidieron llegar hasta el final, costara lo que costara. Pilar Vázquez fue una de esas personas que dijeron sí desde el principio y que, a pesar de los momentos de duda o abatimiento, decidieron llegar hasta el final. No hay que leer muchas páginas de su novela para darse cuenta de que la autora sentía la imperiosa necesidad de contar la historia de Zina, hacerla llegar a los demás, convertir su memoria en un ejemplo de sa-

crificio y superación admirables. La autora trabajó su texto como hay que hacerlo: con pasión pero también con precisión, admitiendo las sugerencias que consideraba oportunas y aplicando todo lo que había aprendido en el taller con la diligencia de quien sabe que no hay mejor escuela que la propia experiencia, afrontando los errores o las limitaciones para corregir los primeros y desarmar las segundas. Su novela es un perfecto ejemplo de autora que respeta las palabras y quiere darles el trato que se merecen como mensajes metidos en una botella de papel y arrojados al mar de la literatura.

A mi padre y a todos los que permanecen,
incluso cuando no están...

Sacudidos por unas olas enfurecidas, personas y sueños hacinados mantienen la esperanza de alcanzar la orilla de la tierra prometida...

Capítulo I

Llevaban tres días luchando contra las inclemencias del tiempo, pero el cielo seguía con su ceño fruncido y el horizonte, cada vez más opaco, les mostraba su perfil más amenazador. El trayecto se estaba alargando demasiado y la confusión crecía de forma alarmante. Era un grupo de unas veinte personas, todos varones, excepto una mujer que llevaba un bebé en brazos. A todos les unía el mismo punto de partida y cada uno parecía tener una meta específica en la mente, pero ya habían padecido demasiados días aquella precaria situación y el frío, el hambre y la sed les estaban pasando factura. Nadie se atrevía a pronunciar ni un leve suspiro, por miedo a derrochar con él las pocas fuerzas que les quedaban. Agotados, se acurrucaban unos contra otros, envueltos por un silencio sepulcral, interrumpido únicamente por el rugir de unas olas furiosas que les mantenían aterrados. De vez en cuando, Zina levantaba sus ojos hacia el cielo, en un gesto suplicante, que obtenía como única respuesta la visión de unos relámpagos esporádicos que parecían seguir su misma ruta.

Llevaba horas notando que su bebé respiraba con dificultad, incluso percibía un frío marmóreo a través de la manta que le envolvía, pero no dijo nada, temía que se lo arrebatasen y, en un gesto de inocencia,

se ovilló en una esquina de la patera y abrazó con todas sus fuerzas aquel frágil trozo de su vida. En sus enormes ojos había una tristeza tan inmensa que era capaz de hacer sombra al propio océano.

Zina, derrotada por una angustia incalificable, se dejó arrastrar por la marea de los recuerdos más envenenados...

Con la promesa de su marido de que pasaría a recogerlas cuando todo acabara, Maisha se alejó de su casa, llevando de la mano a sus dos hijas —gemelas, de seis años—. Deká había preparado aquella cita y ella, sumisa, obedecía sin rechistar. Sabía que le debía un respeto, además de la incuestionable obligación de cumplir todos y cada uno de sus deseos.

Orgullosa de su familia, Deká se quedó observando cómo sus tres mujeres se alejaban sendero abajo. Mientras lo hacía, no pudo evitar sentir admiración por su esposa. Estaba amaneciendo y un sol madrugador envolvía con un halo de misterio cada movimiento de aquel atractivo cuerpo. Los tonos de su vestido hacían un precioso contraste con el paisaje, y su cabello, cortado casi a centímetro, resaltaba aún más los perfectos rasgos de un rostro donde unos expresivos y enormes ojos negros brillaban con intensidad. Deká pensó que aquella mañana Maisha tenía un aspecto de diosa inalcanzable, aunque él era muy consciente de que esa mujer le pertenecía. Embelesado, siguió mirando hasta perderla de vista, y no pudo evitar que un ligero cosquilleo recorriera su estómago.

Desde el mismo día que la conoció, para él ya no existió ninguna otra mujer, ella cumplía todos los requisitos, así que decidió hablar con sus padres y, en muy poco tiempo, celebraron la boda. Jamás se había arrepentido.

Deká era agricultor y, gracias a su trabajo, su familia vivía sin pasar demasiadas necesidades. Tenía treinta y cinco años y apenas sabía

leer, pero a pesar de todo era un chico inteligente y se las arreglaba para mantener un pequeño negocio clandestino del que sacaba algún dinero extra. Gracias a eso, había podido comprar aquella destartalada camioneta con la que, de vez en cuando, realizaba secretos viajes a la montaña.

Cuando divisó la barraca de la hechicera, Maisha obligó a sus pies a moverse más lentamente. Sabía que tenía que hacerlo, pero un inquietante presagio la inmovilizaba en una especie de rebelión contra el destino. Estaba tan asustada que ni siquiera se daba cuenta de que las niñas protestaban por el daño que les hacía al apretar con tanta fuerza sus frágiles manos. Maisha sacudió nuevamente su cabeza hacia los lados y con aire decidido volvió a normalizar el ritmo de sus pasos hasta llegar al lugar previsto.

A la puerta las estaba esperando una anciana que, después de darles la bienvenida con unas repetitivas inclinaciones, las guió hasta una extraña habitación donde había una cama con abundantes tiras de cordel colgando de sus extremos.

Muy asustadas, Zina y Fayola se apretaban contra las piernas de su madre, a la vez que abrían mucho sus ojos para observar cada detalle de aquel extraño lugar.

En una desvencijada mesilla, cubierta con un paño de colores chillones, vieron una especie de palangana vieja, junto a diversas plantas medicinales. También había un cuchillo de tamaño considerable y unos cristales muy finos, que ellas ni siquiera sospechaban para qué podrían ser utilizados.

Una cortina de ramas secas separaba aquella habitación de otro lugar, de donde salía continuos susurros. Pasados unos segundos el espíritu del silencio pobló toda la estancia y la incomodidad trató de conquistarlas; poco después, el ruido de las cortinas delató la presencia de

otras dos ancianas; una de ellas masticaba tabaco a la vez que enseñaba —con una mueca que imitaba torpemente el ademán de una sonrisa— cuatro únicos dientes de color negruzco, colocados en unas encías totalmente deformadas. Un escalofrío indescriptible sacudió a Maisha de pies a cabeza, pero no podía retroceder. No quería deshonorar a su familia, así que permitió que cada una de las mujeres arrancara —con una extraña habilidad— a las dos niñas de su lado y salió corriendo para esconderse en un rincón del bosque que había detrás de la barraca. Los gritos de sus hijas le taladraban las entrañas.

Menos de quince minutos bastaron para cercenar los genitales de las menores.

Una vez terminada la mutilación, una de las ancianas salió en busca de la madre para explicarle que, a pesar de que ellas eran partidarias del cosido total, a las niñas —por recomendación de su padre— sólo se les había cortado el clítoris.

Maisha sonrió aliviada y, por un instante, la enorme gratitud que sintió por su marido —al haber cedido a su petición— consiguió cambiar el preocupado gesto de su cara.

Cuando volvieron a entrar en aquella lúgubre habitación, sólo vio a Zina, tendida en una horrible cama. La niña estaba en silencio, con la mirada perdida... Sus propios gritos la habían agotado y el horror que acababa de vivir no le permitía mover ni un sólo músculo de su cara.

Ella también estaba aterrada, miró a su hija con angustia y ni siquiera se atrevió a tocarla. Presa del pánico, retrocedió unos pasos para rastrear mejor toda la habitación en busca de su otra hija, pero no esta-

—¿Pero, por qué? —con la voz entrecortaba— ¿Qué le ocurre?

—Es que... —titubeó la anciana.

—¡Por Dios! Déjenme ver a mi hija.

—Cálmese... se recuperará, pero de forma más lenta. Ella fue más débil y perdió el conocimiento.

—¿Qué?

La voz de Maisha, sonaba rota. Corrió hacia el otro extremo, con intención de cruzar aquella puerta cubierta de hojas secas, pero la hechicera le cortó el paso.

—Será mejor que te calmes, muchacha, la histeria no es buena para nada. Mira, a veces ocurren estas cosas... En este momento la niña está en un estado de postración inquietante y casi no tiene pulso; no conviene molestarla. Con ella habrá que tener un poco más de paciencia, pero saldrá adelante.

Pasaban las horas y la hemorragia no cesaba, a la vez que la palidez de Fayola se hacía cada vez más extrema.

Incapaz de aguantar aquella situación por más tiempo, Maisha salió precipitadamente de la casa dispuesta a pedir socorro al primero que se le pusiera delante. En aquel momento escuchó el ruido de un motor y vio aparecer la camioneta de su marido. Cuando por fin lo tuvo a su lado, se intercambiaron una sobrecogedora mirada que fue suficiente para hacerles reaccionar. Sin mediar una sola palabra sacaron a las dos niñas de allí y se dirigieron al dispensario.

El médico preguntó varias veces qué le habían hecho a las niñas y, ante el obstinado silencio de sus padres, amenazó con no curarlas. Los ojos de Maisha se convirtieron en un escenario para sus lágrimas y de su garganta sólo consiguieron salir unos balbuceantes y tímidos sollozos. Deká tomó la palabra y explicó que aquello era algo que exigía la

comunidad y que si no se hacía las niñas estarían excluidas. Después de un largo silencio el médico accedió a tratarlas.

Horas más tarde la sangre comenzó a coagular y las niñas fueron reaccionando. Un enfermero les comentó que el colapso de Fayola había sido producido por el intenso dolor y el trauma psicológico.

Aquella noche, Maisha se juró que nunca más permitiría una ablación en su familia, pero para Zina y Fayola ya era demasiado tarde. Jamás volverían a ser las mismas.

Estaban obligadas a cargar toda la vida con las huellas indelebles de la mujer marcada.

Capítulo II

La tormenta había cesado y el nerviosismo entre los pasajeros de la patera se incrementó cuando comprobaron que, a lo lejos, una erguida cadena de montañas se asomaba para darles la bienvenida. En un arranque de tímida esperanza todos comenzaron a inquietarse por la inminente llegada al país de sus sueños. Todos, menos Zina, que siguió acurrucada en el suelo, inmóvil, con la mirada perdida y la angustia derramándose a chorros por sus ojos; abrazada, con desesperación, a una manta que sólo contenía la ausencia de su hijo. El capitán lo había arrojado por la borda en cuanto comprendió que estaba muerto. Hay que eliminar carga —gritó, arrancándole al bebé de sus brazos—, un cuerpo inerte no es más que un estorbo y, seguidamente, Zina escuchó el ruido escalofriante del cuerpo de su hijo al hacer contacto con el agua.

Dos meses después de haber llegado a España, Zina seguía agobiada por el peso de su amargura. La añoranza, el miedo y la desesperación le estaban ganando la batalla. Ella, que nunca tuvo una vida sencilla pero que siempre intentó hacérsela fácil a los demás, ahora se estaba cansando de tener que esforzarse el doble para conseguir lo mínimo.

Vivía inmersa en un entorno lánguido, llena de cansancio; ser consciente de su situación, lejos de tranquilizarla, cada día le inquietaba más.

Era una inmigrante casi recién llegada, enfrentándose a las dificultades del idioma y sometida a una gran presión de incertidumbre respecto a su futuro inmediato; por tanto, también era la víctima propicia para las garras de una depresión que, ávida de vidas quebradas, estaba siempre al acecho.

Zina sentía el zumbido de su pasado mordiéndole las entrañas y exigiéndole un filtro para la memoria que borrara todos sus malos recuerdos, pero no era tan fácil; violada, maltratada y envuelta en la rabia de la soledad, había tenido que elegir entre el exilio sin país y la tremenda furia de las balas sin razón.

Tras una fatigosa e improductiva lucha, Zina se sintió derrotada, no podía más; la aplastante carga emocional que la envolvía estaba anulando su capacidad mental para enfrentarse a la cruda realidad y, al final, se dejó vencer por una tormenta de acontecimientos que la condujeron a la desesperación.

Después de estar media hora —sin éxito— dando vueltas con su coche para encontrar un aparcamiento, David escuchó el taconeo apresurado de una mujer que exhibía en sus manos unas tintineantes llaves. Sin pestañear, la siguió con la mirada hasta que comprobó que se subía a un coche plateado y arrancaba dejándole un hueco libre. Menos mal —exclamó— ya estaba pensando que terminaría mi jornada laboral aquí metido.

La mañana era gris y las nubes que plagaban el paisaje formaban un extraño velo sobre la silueta del hospital, que alzaba su arquitectura en la falda de una cumbre rodeada de árboles. Al frente, y casi postra-

da a sus pies, una barriada de casas, alineadas en pabellones de cuatro pisos de altura, intercambiaba señales de humo desde sus chimeneas mientras consentía que una ligera niebla lamiera sus tejados.

David llegó al pabellón psiquiátrico pasadas las ocho. El turno de noche aún no se había ido y del control de enfermería salía un agradable aroma a café recién hecho.

Un cantarín “¡Mmm, qué bien huele!” precedió al habitual saludo de buenos días. Luego, mientras degustaba el café, la supervisora de enfermería, junto con otras dos auxiliares, le puso al corriente con los apuntes del libro de incidencias. Todo estaba bastante tranquilo, sólo había dos nuevos ingresos, un varón —habitual de aquella unidad— que el día anterior se paseó por las calles de la ciudad en calzoncillos y que, tras varios incidentes más, tuvo que ser ingresado por orden judicial.

—¿Y el otro?, —interrumpió el psiquiatra.

—El otro fue un intento de suicidio. Una mujer africana.

Sobre el mostrador del control, un chico alto y desgarbado, con cara de pocos amigos, comenzó a tamborilear con sus dedos, mientras repetía insistentemente: “quiero un cigarro, quiero un cigarro, quiero un cigarro”.

—¡Lucas, aún no es la hora! —increpó una enfermera.

Lucas se volvió y comenzó a dar cortos paseos por el pasillo mientras esperaba que las manecillas del reloj, que colgaba en lo alto de la pared, marcasen la hora en punto.

—¿Por qué no vas a bañarte antes de que venga el desayuno? —volvió a increpar la enfermera.

—Quiero un cigarro, quiero un cigarro, quiero un cigarro...

—¡Si no te bañas, no hay cigarro!

Después de sentarse tímidamente a la mesa, Zina cogió con desgana su taza mientras observaba cómo una segunda enfermera suministraba a cada uno de los enfermos la medicación correspondiente.

De pronto, en la mesa contigua, un hombre corpulento emitió una especie de rugido abalanzándose sobre los compañeros que estaban desayunando a su lado y de un manotazo estrelló todos los servicios del café en el suelo, haciendo saltar por los aires, en pequeños trozos de porcelana, lo que un momento antes eran tazas y platos. El líquido oscuro del café tiñó el suelo del comedor y parte de la pared donde se encontraba Zina, quien, asustada, se levantó de su silla y corrió al control de enfermería a pedir ayuda.

Todo ocurrió demasiado rápido, en cuestión de segundos el personal avisó a seguridad y ante los asombrados ojos del resto de los pacientes el exaltado fue reducido y llevado a su habitación para ser inmovilizado en su cama, aplicándole un método que a Zina le removió los cimientos de sus recuerdos.

Durante el proceso nadie se percató de su presencia allí y ella, con los ojos desmesuradamente abiertos, al observar cómo eran manejadas aquellas fuertes correas de sujeción, no pudo evitar retroceder hasta encontrarse al lado de su hermana Fayola, en su incipiente niñez, cuando el cuchillo de la ignorancia y la tradición les arrancó de cuajo el derecho a la sensibilidad femenina más íntima.

El intenso dolor que aquella visión le ofreció la obligó a encogerse de hombros y deslizar lentamente su espalda por el marco de la puerta, hasta quedar tendida en el suelo.

